Transcurrieron varios días en los que fueron anotados todos los números de teléfono marcados, y con respecto a los españoles, averiguada la dirección y por consiguiente el nombre del titular. En las conferencias con Inglaterra, solamente había un número, siempre llamaban al mismo. Su comprobación se hizo de acuerdo con Scotland Yard, quienes comunicaron que pertenecía a una persona de intachable conducta, a lo que el comisario Brasó respondió que harían bien en investigar a fondo sobre el tal William Stanford, que era a quien pertenecía dicho número de teléfono.

Inteligentemente el comisario Brasó no quiso decir nada de lo que estaba ocurriendo en Barcelona, ni de que tenía bajo vigilancia a John Hatch para que los del Yard no levantasen la caza. En cuanto a las conversaciones registradas, se hablaba insistentemente de unos catálogos de artículos de jardinería que tenían que recibirlos en el momento exacto de la venta de la mercancía, además tenían que dar el visto bueno a los catálogos antes de la venta. Todo esto daba al comisario muy mala espina y sobre todo le daba que pensar.

Además del control que ejercían sobre el teléfono, también eran seguidos dondequiera que fuesen y controladas las visitas que recibían, como fue el caso de unas preciosas muchachas vestidas, peinadas y maquilladas a la última moda, que después de pasar allí la noche, se las siguió hasta que el taxi en que se fueron hizo parada, momento que el inspector José Castellví frenó su coche haciendo chirriar los neumáticos delante del taxi. Se apeó rápida y ágilmente de su automóvil, se acercó andando al estilo John Wayne en las películas del oeste polvoriento y le dijo al taxista, mostrándole su brillante placa:

- Policía. La documentación.

Comprobó que la licencia del taxi estuviera en regla, su permiso de conducir vigente y que hubiese pasado la ITV. Tras devolverle el carnet de identidad, se dirigió a la puerta posterior, quedándose estupefacto al abrirla por la emanación de exóticos perfumes y ante la vista de una exhibición de estupendas piernas, enfundadas en medias Christian Dior que tenía ante sí. Las minifaldas que llevaban no tenían suficiente trapo para cubrir los muslos al completo ofreciéndole al inspector un suntuoso espectáculo hasta más allá de las rodillas en dirección norte.

Pasados nueve segundos y viendo que miraba y no hablaba, siendo a su vez escrutado de arriba abajo por las tres muchachas, una de ellas adelantó el cuerpo hacia delante en un gesto estudiado para estos casos en los que quedaban los pechos siliconados casi al descubierto.

- ¿Deseas algo de nosotras, guapo? - dijo una con voz melosa.

Mostró otra vez la placa con un nudo en la garganta.

- Policía. Las... documentaciones**.**

Tomó los tres documentos de identidad. Al hacer el gesto de ver el primero se le cayó la cartera con la placa al suelo del taxi. La recogió ruborizado y se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta, mostrando con ese gesto los bultos de sus musculosos pectorales. Le temblaba el pulso. El corazón le latía acelerado.

- No estés nervioso, comisario, que no te vamos a comer. Es decir... si no quieres, - dijo la segunda.

Esta le dio un tono a su voz que no admitía dudas sobre cualquier intención erótica.

- No soy comisario... soy i...inspector.

- ¡Y qué inspector! - dijo la tercera, que le miraba descaradamente más abajo de la cintura.

- Es verdad - volvió a decir la que había hablado primero - qué inspector tan fuerte y hermoso. Apostaría que va depilado y todo.

- Y enérgico. ¿Habéis visto cómo ha parado el coche?

- Sí. Rechinando los neumáticos, igual que en el cine.

Estaban buenísimas, aquellas nenas, pensó el inspector Castellví. Y qué piernas tenían, y qué tetas, y qué desparpajo. Con sus comentarios le estaban haciendo sonrojar como nunca le había sucedido en su vida. Quizá anotándose el nombre y sus direcciones podría averiguar sus números de teléfono e intentar algo. Pero llegó el momento en que su faz fue perdiendo el color rojo bermellón, para dar paso a una extraña palidez cuando vio los carnets de identidad y comprobó que se llamaban Mariano Rodríguez, Narciso Gutiérrez y Próculo Fernández.

Enseguida entendió el por qué antes le pareció ver que la que estaba más cerca de él tenía dentro de las bragas color de rosa atornasolado, algo demasiado voluminoso para ser una mujer, pero no cayó en el caso. Ahora se daba cuenta.

Una de ellas, la que empezó a hablar al principio, que al parecer tenía más descaro, quiso poner las cosas en claro al ver que el inspector tenía la vista muy fijada en los carnets de identidad.

- No hagas caso de los nombres que ves ahí, en las fotos puedes ver que somos nosotras pero nos llamamos diferente, yo me llamo Mónica.

- Yo soy Sonia, tanto gusto.

- Pues yo me llamo Maricónchi con acento en la “o”. Encantada.

- Esta bien, pueden seguir. Tomen. Buenos días.

- Adiós hermoso, si quieres algo de nosotras puedes vernos en el Monkey’s, en la Diagonal, cerca de la Plaza de Calvo Sotelo.

El ducho inspector era un hombre de mundo, pero tenía que pasar por todos los avatares que comporta el cargo que ostentaba, y en esta ocasión fue como una prueba de fuego en la que a pesar de que los nervios le habían traicionado, no perdió la compostura y mantuvo en todo el rato que duró la comprobación, el control de la situación. El taxi se alejó dejando en el aire los efluvios de Chanel nº5, a los que el sonriente taxista estaba habituado.

Y qué jóvenes eran. La que dijo llamarse Maricónchi era la mayor y tenía veintidós años.

Se acordó de una de las frases famosas del comisario:

“Aaay Dios, el vicio pervierte a las mentes jóvenes”.